



LOS CUMPLIMIENTOS



LOS CUMPLIMENTOS.

A muchas pobres palabras castellanas les sucede que, de puro traqueadas, suelen perder su verdadera significación, y después de servir muchos años literalmente empleadas, llegan á un período en que sirven para significar cosas diametralmente opuestas, hasta que sancionada la aplicación por el uso, la Academia de la lengua se ve precisada á consignar en el diccionario las nuevas acepciones.

«Cumplimiento» es literal y simplemente la acción de cumplir, sin que implique esta acción móviles ó intenciones mas ó menos sinceras. En la esfera social la palabra «cumplimiento» no puede referirse sino al de los deberes sociales, al de las consideraciones recíprocas y hasta á los sentimientos amistosos. De manera, que el cumplimiento no puede eludirse ni suprimirse, aún tratándose de las relaciones mas cordiales, mas familiares y mas íntimas.

Partiendo de este principio, una visita es siempre una visita de cumplimiento, porque el que la hace cumple con un deber de amistad, de cortesía, de sociedad, de gratitud ó de afecto.

Si el cumplimiento no hubiera pasado de los límites de su significación genuinos, el código de urbanidad estaría hoy en todo su apogeo, y la sociedad hubiera dado ya un paso agigantado á su perfección.

Pero el cumplimiento, con sólo el hecho de serlo, implica un esfuerzo, y en no pocas ocasiones un sacrificio; y esta tendencia de

la humanidad á descartarse de todo lo que envuelva molestia, gravámen ó esfuerzo, siquiera sea en pequeña escala, ha sido lo que, conspirando hasta contra la significación de la palabra «cumplimiento,» que, como hemos dicho, no significa más que el acto de cumplir, inventó esta otra acepción de la palabra, prohijada ya por la suprema autoridad de la lengua, á saber: «cumplimiento.»—Ceremonia, acción fingida, palabra falaz, que se pretende rebozar con el tono de la finura y la cortesanía.

De manera que una vez promulgado en la sociedad el código de urbanidad, como su ley suprema, las gentes encontraron, como sucede generalmente con todos los códigos, que el «cumplimiento,» objeto principal del código, era un tanto cuanto embarazoso, y hasta ha de haber habido quien lo califique de tiránico; por lo menos había una distancia inmensa entre el «cumplimiento» y lo que se llama vivir á «la pata la llana;» como la hay entre la persona culta y bien educada y el palurdo; porque el cum-

plimiento y la mayor suma de cumplimientos constituyen al hombre fino, mientras que la ausencia total de cumplimientos constituyen al salvaje.

Pero no había remedio; á las gentes les pesaba el código, era mucha su tirantez, muy rígidas sus prescripciones, muy complicados los deberes que impone, muy difícil, en fin, el cumplimiento.

Y de aquí viene que no se trabe amistad alguna, sin la sacramental protesta de «no andarse con cumplimientos.» Quiere decir que vamos á ejercer uno de los actos primordiales de sociedad, previsto y documentado por el único código competente, por el de la urbanidad, que nos impone deberes y cumplimientos recíprocos, no arbitrarios sino basados en la ley universal de las sociedades; y precisamente en los momentos de caer bajo la férula del código, en vez de protestar su cumplimiento, nos ofrecemos recíprocamente, como falsa garantía de nuestra amistad, faltar al código á diestra y siniestra.

Esta frase de «no andarse con cumplimientos,» gastada también en fuerza de ser una muletilla, tiene circulación legal como los medios lisos, pero en su sentido literal quiere decir: hoy contraemos amistad, pero no nos comprometemos á ser con ella consecuentes: los dos tendremos deberes que cumplir, pero no los cumpliremos, y cada una de nuestras inconsecuencias estará salvada de antemano, porque nos hemos dicho bien claro, que no «hemos de andarnos con cumplimientos.»

Las dos acepciones opuestas de la palabra cumplimiento sirven admirablemente para este juego de palabras, que nadie toma por lo serio.

El tonillo con que se dice siempre «nada de cumplimientos,» indica que se refiere á la cortesanía empalagosa, afectada, falsa é inconducente.

—Yo no puedo ver los «cumplimientos,» dice una polla repitiendo lo que le ha oído decir á su mamá, creyendo con esto darse un baño de ingenuidad y de sencillez muy interesantes.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, NUEVO LEÓN

—Yo los detesto, dice un sujeto echándola de llano, de despreocupado y de francote. Yo no gasto cumplimientos, y soy hombre de pan, pan, y vino, vino. Yo les llamo á las cosas por su nombre.

Excepto, digo yo, en lo de llamar falsedad ó inconveniencia al cumplimiento de los deberes sociales.

Difícil ha sido en todos tiempos gobernar á las masas, y para haber de sujetarlas á una ley común, á una constitución política, ¡cuánta sangre se ha derramado, y cuántos sacrificios ha costado esta tendencia al orden!

Y como de todos los códigos, el de urbanidad es el único que no se impone con bayonetas, las masas sociales juegan con él como los muchachos con su silabario.

Predomina por lo tanto, sobre la tendencia al orden y perfección social, la propensión á descartarse de toda traba, lazo, compromiso, deber ó sacrificio en obsequio de la sociabilidad.

Pero nada muestra más la sabiduría, la

rectitud y la necesidad del código social, como el forzado retroceso de los que, optando por la *patalallana*, recurren, sin embargo, al cumplimiento, cuando les conviene.

La protesta contra los cumplimientos no es tan absoluta que suprima la tarjeta del pretendiente el día del santo del ministro, ni el pésame del deudor cuando al acreedor se le muere la suegra; ni la visita del que piensa sacar raja, ni el saludo del que lo necesita á usted, ni el interés que tiene por la interesante salud de usted aquél que está pensando pedirle un favor gordo, ni las consideraciones del presunto heredero al tío octogenario, etc., etc., etc.

Entonces las gentes vuelven sobre sus pasos, reconociendo la necesidad de los cumplimientos.

¡Qué diverso sería el aspecto de la sociedad si cada uno, después de haberse enterado del código de urbanidad en todas sus partes, se propusiera observarlo, en vez de protestar contra su cumplimiento, y que en vez de cambiarse la frase «nada de cumpli-

mientos» se dijera: Protesto no omitir cumplimiento, en obsequio de nuestra amistad!

Pero la urbanidad, como toda ley común, no es hija del sentimiento, sino del juicio, no emana del capricho, sino de la justicia, que es el gran problema de la moral universal.

Ya hemos dicho que la palabra cumplimiento pierde más y más su verdadero sentido hasta llegar á representar ceremonias ridículas y grotescas.

Una persona es capaz de cometer todo género de inconveniencias en materia de cumplimiento de sus deberes de sociedad; pero tomando al acaso diez de esas personas, para hacerlas pasar por una misma puerta, se representará, sin que venga al caso, un verdadero sainete de cumplimientos.

—Pase usted.

—No, señorita; después de usted.

—Pase usted primero.

—De ninguna manera.

—Hágame usted favor.

—Usted está más cerca.

—Pero los mayores en edad...

—Como nos toca.

—Pase usted.

—No, yo no paso sinó después de usted.

—Pues Vd., (dirigiéndose á otra persona.)

—No, señorita, á usted le toca.

—Usted sabe mejor el camino.

—Hágame usted favor.

—Sin cumplimientos:

—Tenga usted la bondad.

—Así no pasamos nunca. Pase usted.

—Con permiso....

—No hay de qué.

Hé aquí un cumplimiento de un artículo del código inconocible por la mala ejecución, como les sucede á muchos de la constitución política.

Nada digo de esas personas que se empeñan en que se siente uno. No bien ha acabado de saludar se escucha el

—Siéntese usted.

—Pero sea que usted no tenga mucha prisa para sentarse, ó porque espere concluir alguna frase.

—Siéntese usted, le repiten.

—Y si no lo hace usted en el acto, le interrumpen para decirle de nuevo.

—Pero tome usted asiento.

Y no le dejan terminar hasta que les dá usted gusto, y si en el calor de la conversación se pone usted de pié, porque así le place.

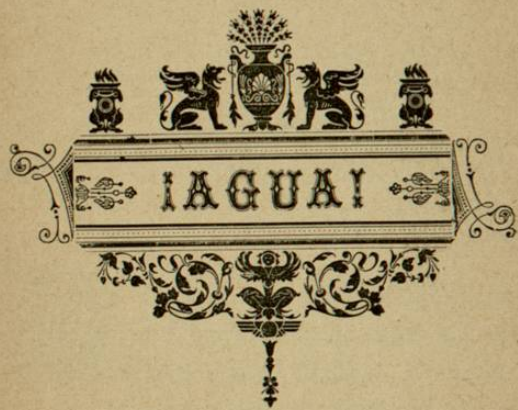
—Siéntese usted le repiten, y aún suele haber personas, de esas mismas que protestan contra los cumplimientos, que le toman á usted por la solapa de la levita y le hacen sentar por fuerza.

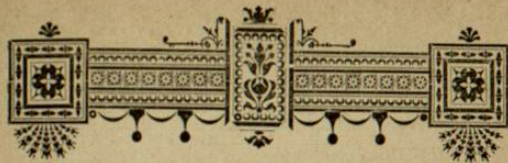
Hay efectivamente personas que toman tan á pechos los deberes de la hospitalidad, que una vez sentado á su huesped, no le han de dejar que cambie de postura, de puro cumplimiento. En materia de cumplimientos, los orales son de uso general, y éstos son los que corren de boca en boca, hasta entre las personas mas incultas, y son en general lo único que del código susodicho ha llegado á sus noticias.

En suma, detrás de la protesta contra la

cortesanía afectada ó grotesca, se oculta comunmente la repugnancia al cumplimiento de los deberes sociales, y este cumplimiento es ineludible, si la sociedad aspira de buena fe á su cultura y refinamiento.







¡AGUA!

EN Octubre de 1882 publiqué en *La Libertad* uno de estos mis artículos ligeros titulado *El aguador*. No hice por cierto su panegírico, ni le presenté á la posteridad con esa envidiable buena fe con que algunos articulistas se han entretenido en retratar al aguador, presentándolo como «tipo nacional,» con lo cual lo han dicho todo; no. Confieso que no he sido de los que han sentido hasta patriotismo al exhibir ante los extranjeros, ya en-

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"TOMSO REYES"
MONTENEGRO, BUENOS AIRES

cera, en barro ó en litografía, el tal «tipo nacional,» que, candorosamente nos complacemos en retratar para que conozcan en otras partes una de «nuestras cosas.»

Yo, por el contrario, le presenté como un ejemplo de degradación personal, desde el momento en que sustituye á la bestia de carga; como una muestra de atraso y de barbarie, supuesto que desde su origen el aguador no ha dado un solo paso para mejorar su condición personal y su sistema absurdo y sucio de conducir el agua y su sistema estúpido de llevar la cuenta de los viajes; y lo exhibí, en fin, como el testimonio de nuestra incuria, desde el momento en que teniendo los veneros, afortunadamente, á algunos miles de piés de elevación, no hemos podido en un siglo entubar las aguas para recibirlas puras, con presión y á la altura de todas las necesidades domésticas.

Muy lejos de eso, bebemos agua acarreada en vasijas curadas con sebo, remendadas con «zulaque» y tapadas con suelas nau-

seabundas; y esa agua viene de fuentes descubiertas, donde cada consumidor introduce las manos, los piés y todo lo que le gusta. Pero el hábito embota el sentimiento; y el no tener idea de que podríamos llegar á beber agua limpia, ha habituado nuestro paladar al sebo, al zulaque, á la suela y á todos los misterios de la fuente abierta, seguros de que ése debe ser el sabor del agua.

Luengos años há que no sale un solo chorro de agua de ninguna fuente en la Alameda, en el paseo y en el Zócalo, donde los pobres cisnes momificados no tienen más esperanza de refrescarse que un aguacero ó una inundación.

¡Agua, señores regidores, agua por el amor de Dios! Nuestro pueblo harapiento, el mas sucio del mundo, y de cuya proverbial incuria y desaseo ha tomado la vecina república (en revancha de que les llamamos yankees) la idea de llamar á todos los mexicanos «greassers,» nuestro pueblo, que se desbarata en filárganos, que se bosqueja en sombras de mugre, y que apuesta á salvaje,

necesita agua, mucha agua, señores regidores, mucha agua y regalada, para que se enmiende, para que se lave, para que le entre el amor propio, y para que ustedes puedan, por vía de medida de policía y de decoro público, impedir la circulación, en la ciudad, de algunos hombres y mujeres escandalosamente nauseabundos.

¡Agua, mucha agua en cañerías de hierro en todas las casas de la capital y de los barrios, en todos los pisos de las casas y sus dependencias, para asear los inmundos patios, las letrinas y los caños azolvados!

Encerrando el agua de los veneros de los Leones, y evitados así la evaporación, el desperdicio, los robos y las filtraciones, triplicaremos la cantidad de agua de que actualmente disfrutamos. Así lo dije en mi artículo «El Aguador», y la presión del agua será tal en la mesa de la capital, que puede sobrepasar los edificios mas altos; y con el uso de cañerías portátiles de goma elástica provistas de sifón, puede hacerse el regadío diario de las calles y los jardines,

y adornar éstos con fuentes, con ricos y variados surtidores; y los dos tantos más de agua de que disfrutaremos, si se la entuba, será la única ayuda y esperanza para empujar hacia la laguna el insoportable, pestilente y mortal azolve de nuestras atargeas.

¡Agua, señores regidores!

Hay más de siete mil casas en la capital, que por término medio pagan, (á razón de cuatro pesos cada una) veintiocho mil pesos mensuales á los aguadores y á la fontanería municipal. Cuando en las siete mil casas haya agua corriente, los inquilinos pagarán con más gusto la renta fija de cuatro pesos al propietario, al ayuntamiento ó al contratista, que al inundo y retrógrado aguador, cuya supresión reclama imperiosamente la cultura y la dignidad de la capital de la República.

Como se trata de una mejora á todas luces conveniente y necesaria, como se trata de salir del «statu quo» y de dar un paso hacia el mejoramiento y progreso, hay que advertir ha de haber muchos señores Marroquis, que

se opongan á la mejora; ha de haber muchos celosísimos defensores de la libertad individual, quiero decir, de esos que creen que la libertad consiste en hacer cada uno lo que le diere la gana, que consideren y hasta que discutan con luminosísimas razones como un atentado, esto de obligar á las gentes á tener agua en la casa en beneficio propio y muy especialmente de la comunidad; pero no hay que hacer caso de la familia Marroquí, porque así se llaman los que opinan por el atajo y la diligencia en lugar de los ferrocarriles y por el aceite de nabo en lugar de la luz eléctrica.

Las ruedas del carro del progreso no han hecho en su gloriosa carrera más que aplastar Marroquís.

¡Agua, señores regidores, mucha agua barata para las casas y regalada al pueblo, porque el primer paso al mejoramiento personal es el aseo; y no es extraño que, dado ese primer paso y con él engendrado el deseo de perfeccionarse, se acorte más la distancia entre el baño y la escuela, entre

la incuria y el abandono del que no sabe apreciar en sí mismo, ni su cuerpo ni su salud, y la idea regeneradora de educarse por aprecio á sí mismo y aspiración á su progreso!

¡Agua, agua á nombre del pueblo menesteroso, agua para los mingitorios, para las casas de vecindad, agua para las calzadas de los paseos, para la arboleda de las calles, para los pobres cisnes del Zócalo!

¡Agua en postes de hierro, salientes, visibles y practicables en las esquinas, para apagar incendios, y para regar la calle con sólo la adaptación de una manga con sifón. Agua por todas partes y á todas horas, y las bendiciones de la capital al municipio, serán mas fervorosas que las de los israelitas á Moisés en el desierto!

Va á haber muchas almas caritativas, Marroquís de raza pura, que se enternezcan al reflexionar sobre la suerte de los mil y quinientos aguadores que van á quedar cesantes porque se les acaba el oficio. Va á haber quien abrazado cariñosamente con

el maestro aguador, anatematice el progreso y todos sus secuaces, y muy especialmente á este señor Facundo que tiene la manía de meterse en todas esas cosas de la civilización y del progreso, por amor á sus semejantes y á su patria. Va á haber vieja y propietaria que prefiera darle cinco pesos al maestro por agua de sebo, de zulaque y de suela, poca y cara, que cuatro pesos al municipio por agua abundante, con presión, y tan limpia como la del manantial, no tocada por manos ni por zapatos extraños. Va á haber de todo eso y mucho más; pero, adelante, señores regidores, agua y más agua, porque la sequía de la capital se va haciendo insoportable y nos morimos de sed, de desaseo y de asco. ¡Agua, señores regidores, más agua!

